



EPISODIOS DE LA VIDA NACIONAL

EL ABORTO

El joven matrimonio anunció inesperadamente que se iban a Londres, a disfrutar de unos días de permiso, aprovechando los ventajosos precios que ofrecía una agencia de viajes. Dejaron los niños al cuidado de los abuelos, que por cinco días no pusieron dificultad alguna. Pero el supuesto día de su regreso, llamaron por conferencia telefónica, advirtiendo que habían sufrido un accidente automovilístico cerca de Cambridge, sin consecuencias graves afortunadamente,

pero que ella debía guardar unos días de completo reposo. Toda la familia se conmovió y también la empresa donde él prestaba sus servicios. Al cabo de veinte días, volvieron. Ella visiblemente pálida y ojerosa. Había perdido mucha sangre, pero, ciertamente, el accidente no le había dejado huella alguna visible. Todos intuyeron lo ocurrido realmente, excepto los abuelos, que entendían era una locura alquilar un coche en Inglaterra, «donde todos conducen al revés...».

EL EMIGRANTE

Volvió al pueblo con la carta de despido de la fábrica alemana donde había trabajado durante siete años, en el bolsillo. No le hicieron el mismo recibimiento que en anteriores ocasiones. Le preguntaron, en la taberna, sarcásticamente, por el reloj de oro y el coche. El primero lo vendió, el coche era alquilado... Y por lo que respecta a sus ahorros y la indemnización percibida, lo había invertido todo en un piso en la ciudad. Lo malo

es que su cuñado se lo alquiló en un precio superior al que le correspondía, ya que era de «renta limitada». El inquilino denunció el contrato y se negó a pagar. Finalmente, el emigrante tuvo la suerte de colocarse en la misma taberna del pueblo, en la cocina. Trabajaba doce horas diarias, incluidos los domingos. Se quedó con el apodo de «el alemán» y él, entre dientes, solía decir: «¡Qué más quisiera yo!».

ORIUNDO

No llegaban en el momento más oportuno. No se había atrevido a contarles la verdad y lo que ocurría por carta, porque sabía, además, la gran ilusión que tenían de volver a verle, tras haber abandonado su patria hacía dos años. Y ahora estaban descendiendo por la escalera del avión que los había traído directamente desde Buenos Aires. Le habían dado mucho dinero por fichar por un importante equipo de fútbol español. Al despedirse, les prometió solemnemente que un día les mandaría dos billetes de avión, para que se vinieran a vivir con él. Cumplía lo prometido y por eso estaba allí, esperándoles. Ni su padre ni su madre habían es-

tado jamás en España. Nacidos en una pequeña localidad siciliana, habían transcurrido toda su vida en la Argentina... Les extrañó mucho la cara hosca de su hijo, el hecho de que los mantuviera ocultos en su apartamento de soltero, aislados de todo el mundo, que les prohibiera coger el teléfono para contestar a cualquier llamada... La situación se hizo insostenible. «¡Te avergüenzas de nosotros, hijo!», le decían en tono recriminatorio. Y el famoso futbolista sólo sabía decir: «No es verdad, no es verdad...». Cuando se volvieron a Buenos Aires, el hijo no pudo por menos que emitir un suspiro de alivio.

ALONSO IBARROLA

